

INTRODUCCIÓN

Su captura fue su victoria definitiva. Ahora la mafia ya no existe de verdad. Ha desaparecido, muerta, sepultada, sumergida. Y para entenderlo basta con mirar a Bernardo Provenzano, observar su cara, los vestidos que le cuelgan encima, la segunda dentadura postiza al lado de la cama. Basta con volver a ver las imágenes transmitidas por los telenoticias sobre el fin de su huida. Cámaras que como en un serial norteamericano se demoran en la escena del crimen, su última guarida: un redil en ruinas, algunas Biblias abiertas casualmente para leer los pasajes subrayados por el prófugo y un montón de cestos para el queso fresco. Señal evidente de que quien ha sido capturado acabó esposado por producción y venta ilegal de quesos.

Después ráfagas de detalles sobre sus costumbres alimenticias: miel, achicoria y queso «pecorino». Ahí está el menú del capo de Cosa Nostra, mejor dicho, del presunto capo de la presunta Cosa Nostra, porque está claro que un viejecito como éste, un hombre que las televisiones muestran de este modo, no puede haber sido el jefe de nada y que, más bien, nada era su organización. En fin, durante algunos días, los titulares de siempre: «Empieza la caza a los protectores del jefe mafioso» a los «nombres insospechados», «a los cómplices».

Los cómplices, sí... Algunos de ellos desfilan sobre la pantalla felicitando a las fuerzas del orden, precisamente en los reportajes dedicados a Provenzano, otros aparecen inmediatamente antes o inmediatamente después, hablando del balance del Estado o de los resultados de las elecciones. Siempre que

se pueda ser cómplice de algo que no está. Porque verdaderamente la Cosa Nostra sin la política, sin la cobertura institucional, sin el control férreo sobre el voto y las adjudicaciones públicas, es sólo una arcaica banda de asesinos y extorsionadores destinada a ser borrada por el tiempo y la historia.

He aquí la gran victoria de Provenzano: haber conseguido con la complicidad de todos, políticos, medios de comunicación, instituciones, hacerlo olvidar. Para alegría del sistema de partidos que en los últimos quince años, tras las masacres, tras la sangre de Falcone y Borsellino, ha renunciado totalmente a seleccionar su clase dirigente incluso según el riesgo-mafia: desde entonces no ha pasado nunca que un político fuera expulsado de su movimiento porque se considerara que estaba relacionado con Cosa Nostra. Para que suceda debe haber esposas y, cada vez más frecuentemente, ni siquiera éstas.

Cuando los periódicos (pocos) y los ciudadanos descubren, con un retraso de años respecto de los hombres de Palacio, los nombres de los parlamentarios, de los diputados regionales, ministros, consejeros, alcaldes que frecuentan o han frecuentado no ocasionalmente capos y condenados por mafia, la reacción de sus colegas es cero. O mejor una reacción sí la hay: se vocifera complot.

El principio de elemental prudencia que lleva, en las democracias maduras, a excluir, a marginar a quien tiene amistades discutibles, a quien tiene comportamientos no transparentes, en Italia no actúa nunca. Y, no obstante, representar a los electores no es un simple derecho: es un honor, pero también es una responsabilidad. El garantismo debe ser válido en las salas de los tribunales, donde el imputado es condenado solamente si es culpable más allá de cualquier duda razonable. En política, en cambio, debe prevalecer el sentido común. Entre quien está reflejado y quien tiene una mancha, presento como candidato sólo al primero, no al segundo. Decir de un administrador local o nacional «pero le han votado» no tiene sentido. La elección debía ser hecha antes, en los partidos, en las

secciones, en las secretarías. Y aún tiene menos sentido ahora, desde que se encuentra en vigor una ley electoral liberticida que impide a los ciudadanos elegir a sus propios parlamentarios y los obliga a hacer una cruz exclusivamente sobre el símbolo del partido.

Ya en 1989, Paolo Borsellino explicaba que: «Ha habido una delegación total e inadmisibile respecto de la magistratura y las fuerzas del orden a fin de que se preocupen ellas solas del problema de la mafia [...]. Y hay un equívoco de fondo: se dice que aquel político estaba cercano a la mafia, que ese político fue acusado de tener intereses coincidentes con la mafia, pero la magistratura, no pudiendo demostrarlo, no le ha condenado... ergo ese hombre es honesto... ¡y no! [...] este discurso no funciona porque la magistratura puede hacer solamente una verificación judicial. Puede decir, bueno hay sospechas, sospechas graves incluso, pero yo no tengo las pruebas y la certeza jurídica necesarias para decir que este hombre es un mafioso. Pero los consejos municipales, regionales y provinciales habrían tenido que extraer las debidas consecuencias de ciertas proximidades sospechosas entre políticos y mafiosos, considerando al político tal no fiable en lo que se refiere a la gestión de la cosa pública. Nos hemos escondido tras el esquema de la sentencia, es decir, este hombre no ha sido condenado nunca, por tanto no es un mafioso, por tanto ¡es un hombre honesto!».

Pero la política hoy más que antes reivindica su primacía. Los partidos con una hemorragia constante de inscritos no toleran «intrusiones» por parte de los jueces y los medios de comunicación. Cuando en 2005 «Report», el programa de Milena Gabanelli, interrumpe años de silencio televisivo sobre la mafia, recordando que aún existe, que tiene vínculos importantes, que controla el territorio, todo el centro derecha se rebela y pide un capítulo reparador: no porque hubiera algo de falso o de no demostrado en todo ello (en este caso la periodista hubiera tenido que responder ante los tribunales), sino simplemente porque, explican los parlamentarios, poniéndose la chaqueta de jefe de

redacción de la RAI, Sicilia es también otra cosa. Doce meses antes, un episodio de «Blu notte» de Carlo Luccarelli, dedicado al homicidio de Falcone, había sido anulado en el último momento. Tras pocas semanas se celebrarían las elecciones administrativas: no respetaba la *par condicio*. Totò Riina estaba en la cárcel y no le dejaban salir. Provenzano habría participado muy gustoso pero estaba muy ocupado cocinando queso fresco.

Sí, porque ésa es la única imagen del viejo Padrino que está bien que permanezca en los ojos de los italianos. La imagen de una mafia antigua, un poco animal, que un tiempo atrás mataba también a personas importantes solamente por el placer de matar.

Del resto, de las relaciones políticas transversales de Provenzano, del cajero de su clan, pupilo del presidente de la región (UDC) y de un ministro del UDEUR del gobierno Prodi, de los capos de la mafia de Corleone desde siempre administradores de los bienes de un importante diputado azul, de su colega de Enna, acostumbrado a besar en las mejillas y a discutir de negocios con un honorable miembro de los DS, nunca expulsado y siempre promocionado, es mejor no hablar. A las sentencias, además, se las deja correr. Condenado en primera instancia Marcello dell'Utri por intento de extorsión junto al jefe mafioso de Trapani, Vincenzo Virga, y Bruno Vespa, se dedica al delito de Cogne y al pijama de la señora Franzoni. El actual senador de UDC y ex ministro Calogero Mannino ve cómo le endosan cinco años y cuatro meses en apelación (veredicto después anulado con reenvío) y en «Porta a porta» discute apuestas de fútbol con Maurizio Mosca y Aldo Biscardi.

No es casualidad. Si uno sabe algunas cosas, igual después tiene extrañas ideas. Quizás empieza a reflexionar: puede que, piensa, todos sean inocentes, quizás no han cometido delitos, quizás no habían entendido quién tenían delante. Pero si no saben siquiera distinguir un mafioso de un activista de partido, ¿por qué hay que permitirles administrar la cosa pública?

Hoy los análisis de la Confcommercio dicen que la organización capitaneada, hasta el 11 de abril de 2006, por el prófugo de Corleone recauda el *pizzo** del 70 por 100 de las actividades comerciales de Sicilia (el 80 por 100 en Palermo). El Eurispes explica que el facturado total de las tres mafias (Cosa Nostra, camorra y 'ndrangheta) en 2006 tocó el 9,5 por 100 del producto interior bruto. El Censis, tras haber consultado con setecientas empresas, añade que «sin el lastre mafioso anual» las regiones del Sur estarían tan desarrolladas como las del Norte.

Pero un dato explica mucho mejor que cualquier investigación lo que está sucediendo: en la clínica más moderna de toda la isla, la Santa Teresa de Bagheria, de propiedad de un testaferro de Provenzano, la región de Sicilia ingresaba por cada ciclo de terapia completa antitumoral de la próstata 136.000 euros. Ahora, tras el control por parte de la magistratura, el mismo ciclo cuesta 8.093 euros. Y entonces queda claro que Cosa Nostra no conviene, que los administradores públicos conniventes o distraídos deben ser marginados no por moralismo sino por un simple cálculo económico. El dinero que gestionan es nuestro.

Pero la mafia no existe. Ahora ya sólo es queso fresco y alguna vieja escopeta. ¿Quién puede creer que un campesino como Provenzano establezca pactos con hombres elegantes, de buenos estudios y refinadas lecturas? Nadie.

Y entonces decidimos contar esta historia, la historia de su huida y su toma del poder, como una novela. Considerad que nada es cierto. Cualquier referencia a hechos o circunstancias realmente sucedidas es puramente casual.

* El *pizzo* es el impuesto que la mafia obliga a pagar a los dueños de cualquier comercio en Sicilia. (N. de la t.)